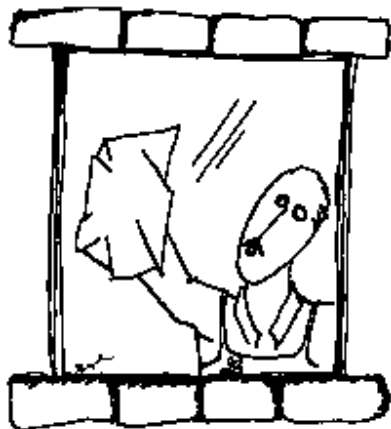


La noche al revés



Cristina Pacheco

—Llevo horas gritándote que ya llegué.
—Perdona, no te oí.
—Porque la tele está muy fuerte. Bájale, ¿no? (*Pausa.*) ¿Y Silvia?
—Se durmió.
—¿Tan temprano?
—Oye, son las nueve y cuarto.
—¿La niña cenó?
—Le ofrecí, pero no quiso. (*Pausa.*) ¿Cenas ya?
—¿Qué hay?
—Tortas.
—¿Otra vez?
—No tuve tiempo de hacer más. ¿Por qué me miras así?



Ilustraciones de Rodrigo Ballester.

—Por nada.
—Conozco ese tonito...
—Por favor, no discutamos. Trabajé todo el día.
—¿Y crees que yo me la pasé rascándome la barriga? Llevé a Silvia a la escuela, fui a la tintorería...
—¿Ya encontraste la nota de la colcha?
—No, y eso que la busqué en todos los cajones.
—Otro problemita. (*Pausa.*) ¿Pediste el gas?
—Sí, pero no vino.
—Pues hubieras salido a buscarlo. Sabes que los repartidores almuerzan con “la Güera”.
—Pero si me iba, ¿quién recibía al plomero?
—Pretextos, pretextos, pretextos...
—Eso no es justo.
—Tampoco que me dejes todas las broncas.
—¿A qué te refieres?
—Pues a que me voy a trabajar confiando en que harás las cosas y luego me encuentro con que nada está bien.
—¿Qué está mal? El plomero comuso la estufa. (*Pausa.*) Tuvo que cambiar la instalación.
—Pero si la cambió en septiembre.
—¿Y yo cómo iba a saberlo? (*Pausa.*) No me lo dijiste.

—Es que no puedo estar diciéndote-lo todo.
—Entonces quieres que adivine las cosas.
—No, nada más que te fijas. (*Pausa.*) Sólo de verla uno sabe si una tubería está nueva o vieja. (*Suspiro.*) ¿Cuánto te cobró el plomero?
—Trescientos. (*Pausa.*) Le adelanté los cuarenta y cinco que me dejaste. También por eso comimos tortas.
—Te sacó un dineral. ¿Por qué no me llamaste al trabajo para preguntarme?
—Porque sé que no te gusta que te irrumpa y, la verdad, me parece medio feo hablarte a la oficina para que me digas si está bien o mal lo que hago.
—Es natural: hay cosas que todavía no sabes.
—A lo mejor más de las que me imagino.
—¿De la casa?
—No, de ti. (*Mira el reloj de pared.*) Son nueve y media, terminas de trabajar a las siete. ¿No se te hace que es mucho dos horas entre que saliste de la oficina y llegaste acá?
—No fue mi culpa, se me descompuso el coche.
—¿Otra vez? (*Pausa.*) ¿Y ahora qué le pasó?
—El chicote se rompió y tuve que lle-

varlo al taller. Luego lo revisas a ver si me lo dejaron bien.

—¿En cuánto te salió el chistecito?

—En ciento veinte.

—Eso sí es un robo. ¿Por qué no me llamaste para preguntarme?

—Hablé como a las siete y nadie contestó. (Pausa.) ¿Saliste?

—Llevé a Silvita a comprar unos esquemas.

—¿Tan tarde? (Pausa.) Es peligroso.

—Si hasta esas horas me dijo que los necesitaba, ¿qué querías que hiciera?

—Pues esperarme para que fuéramos en el coche.

—Llegaste tardísimo. ¿Crees que ahorita hubiéramos encontrado papelerías abiertas?

—No sabía que se me iba a descomponer el coche y te llamé...

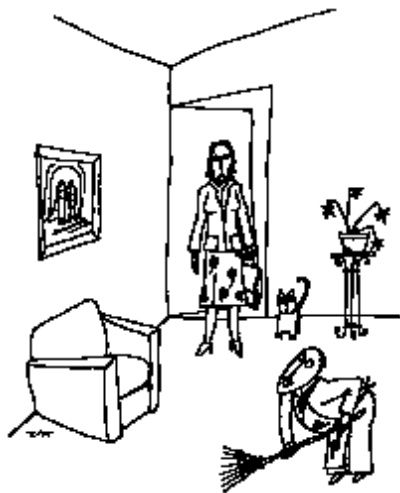
—Bueno, ya te dije por qué no te contesté.

—Ay Dios santo, otra vez estás de mal humor.

—¿Y cómo quieres que esté? Me pasé la mañana cuidando al plomero, después corrí al mercado, luego a recoger a la niña, de paso fuimos a la tintorería. Terminamos de comer y levanté los platos. Te advierto que no los lavé porque no tuvimos agua.

—Mi amor, ¿por qué no les pediste una cubeta a los de la gasolinera?

—Ay no, perdóname. Eso sí no lo hago.



—Yo lo hacía cuando estaba en la casa.

—Lo habrás hecho tú, pero yo no pienso hacerlo.

—¿Por qué? (Pausa.) ¡Contéstame!

—¡Chingao! Porque soy hombre, porque es lo único que me falta para acabar de sentirme jodido. (Golpes sucesivos en la mesa.) Lavo, plancho, tiro la basura, hago la tarea con la niña mientras tú estás en la calle.

—Perdón, en la oficina, que es muy distinto, y trabajando.

—Es lo que dices.

—¿Lo dudas?

—No es que lo dude, pero sé cómo son esos ambientitos. Se prestan mucho para que uno salga a tomar un café con algún compañero, luego a comer o a una pachanguita y después...

—¿Eso es lo que tú hacías? ¿Por eso llegabas tarde y cansadísimo? (Jadeo.) Ah, pero eso sí, exigiendo mesa puesta, comida caliente, ropa limpia.

—Perdóname, Lulú, eran tus obligaciones. Se supone que para eso te quedabas en la casa.

—Te digo lo mismo ahora que estás aquí todo el día. (Gesto triunfal.) Si vamos a decir las cosas hay que ser parejos.

—El problema contigo es que siempre quieres tener la razón y más ahora. Pero conste que aguanto vara porque a un pin-che-des-em-plea-do como yo no le queda de otra. El refrán es muy sabio: "El que da el pan impone la ley". Y como tú ganas el dinero para que comamos...

—No puedes hacerme esto. (Voz temblorosa.) A cada momento me sales con lo mismo, como si yo tuviera la culpa de lo que te pasa. Pero yo no te quité el trabajo ni te he reclamado nada. Pensé que debía ayudarte y por eso volví a la oficina.

—Y estoy muy agradecido, pero de allí a que quieras mangonearme, hay mucha diferencia.

—¿Mangonearte sólo porque te dije que debiste pedir agua en la gasolinera? Perdóname pero estás mal.

—Tú también, no me comprendes. (Baja el tono de voz.) ¿Sabes lo que sien-



to cuando los vecinos salen a trabajar y yo me quedo aquí entre puras señoras?

—No te quejes, bien que te gustan y además con ellas sí eres muy platicador. Cada que me las encuentro me dicen: "Ay, qué tratable, qué simpático es su marido".

—¿A poco vas a prohibirme hablar con las vecinas?

—No te hagas tonto. Sabes muy bien que una cosa lleva a la otra. (Mira el techo.) Te ven solo, se enternecen, las ayudas... Y ésa es otra, dicen que les resuelves todos sus problemas, desde subirles el tanque de gas a la azotea hasta...

—¿Qué quieres? Me gusta ser útil.

—A otras, porque a mí no. Te pido un favor y me sales con que no te interrumpa o que estás cansado. Ah, pero si una vecina te da la molestia entonces corres a servirla.

—Ahí muere. Vienes muy cansada y cuando estás así tomas a mal todo lo que digo. (Ricardo da media vuelta.) ¿Te hago una torta o prefieres acostarte? ¡Chingao, Lourdes, no me dejes hablando solo porque eso sí no lo aguanto! ☹